

Una extraña alegría interior me invadió. Era ese tránsito entre el sueño y la realidad, donde aparecen casi mezclados, uno deja de existir para dar paso al otro. Al alcance de mi mano se presentaba ya lo que tanto había esperado. Medio confundida, aturdida, pero con una alegría rebotante. No lo podía ocultar.

Un gélido y fuerte viento nos saluda, acompañado de nieve que caprichosamente golpea nuestras caras. ¡Sí!, ¡¡inconfundible el recibimiento!! No me cabe la menor duda, estoy en la Antártida.

El continente blanco.
Habla el corazón



EL CONTINENTE BLANCO. HABLA EL CORAZÓN



UN VIAJE EN EL TIEMPO

¿Cómo poder resumir en unas pocas líneas, lo que ha supuesto el inmismirme en una pequeña parte del Paraíso? Es extraña ya la noción del tiempo, semanas que parecen unos breves instantes, pero tan llenas de vivencias que me obligan a pensar que tal vez hayan sido años..., o sencillamente, que la escala de medida en aquel lugar es diferente a la que nosotros utilizamos aquí. ¿Por qué empeñarse en acomodar la nuestra?

Parece haber sido un viaje –no en el espacio– sino en el tiempo. Hacia el pasado. Varios siglos atrás. Un reencuentro entre el hombre y la naturaleza –antes de ser ésta destruida por aquel–.

Comienzo del 2000 e inicio de esta gran aventura con un largo viaje hasta Santiago de Chile, en el que mi mente no deja de pensar..., tratar de imaginar lo que será esta nueva expedición. Algo dentro de mí, parecía avisarme que sería diferente a las anteriores, y me era casi imposible tratar de imaginar lo que ya casi iba a ser realidad.

Llegamos a Santiago, Adolfo y yo –los dos españoles invitados a la 45 Expedición Rusa a la Antártida–. Allí nos juntamos con nuestro coordinador, Maxim –Vice-presidente del Comité Artico y Antártico de la Academia Rusa de Ciencias– y Olga, científica rusa especialista

en liquenometría. A los dos días, un nuevo vuelo hasta Punta Arenas nos evita el calor excesivo de Santiago.

Comienzan entonces los contactos de Maxim para el último salto hasta la Antártida, que realizaremos en un avión militar de alguno de los países que tienen bases científicas en la isla King George. Faltan todavía por llegar los italianos que se unirán a nosotros.

En doce días parece salir un avión militar brasileño en el que volaremos hasta nuestro destino final, King George. Hasta estancias de 20 ó 30 días en Punta Arenas –según me comentan Adolfo y Maxim–, es normal esperar. Las condiciones climáticas en esta zona son muy difíciles, en el “aeropuerto” de King George no hay radar especializado y se precisa por tanto de la completa visión en el momento del aterrizaje. Verdaderos expertos predicen las ventanas meteorológicas que permitirán a los aviones militares que allí vuelan, poder aterrizar la mayor parte de las veces. No obstante, siempre queda la alternativa de dar la vuelta en caso de que el aterrizaje no pueda tener lugar.

¡¡¡Una buena noticia!!!, un avión militar uruguayo saldrá unos 5 días antes que el brasileño. Los italianos no habrán llegado para entonces, pero decidimos tomarlo Adolfo y yo. Es una buena oportunidad para ir adelantando el trabajo a desarrollar en la Antártida. Maxim y



mucho, pues el verano antártico finalizaba y las condiciones meteorológicas para poder realizar vuelos, iban siendo cada vez menores.

De manera que el final se acercaba a pasos agigantados. Tenía apenas unos días para despedirme de la grandeza en la que había estado zambullida. Las costas bravas con los acantilados de hielo sobre el mar, los icebergs navegando, los pingüinos, las focas, los elefantes y lobos marinos, las yubartas, Priroda, la balsa de náufragos, nuestra zona de trabajo del glaciar, las ventiscas de nieve, la falta de sensibilidad en manos y cara, los casi 400 kilómetros andados en estos días, el glaciar, los sobrevuelos del helicóptero uruguayo, el luna-track, la amabilidad de rusos y uruguayos,... ¿cómo se podía acabar todo repentinamente?

Un nudo extraño se instalaba en mi paz interior, me asfixiaba. Imposible impedir que las lágrimas corrieran por mis mejillas. No era capaz de retenerlas. Había que dejarlas libres, libres como yo lo había sido durante esta temporada. ¿Cómo se iba a acabar toda esta belleza? No podía entenderlo... o no quería aceptarlo.

Nuestros amigos rusos, percatados de esta tristeza que me invadía, se volcaron todavía más en ofrecer un final maravilloso. Un viaje por mar, en zodiak, hasta el frente del glaciar Nelson –isla cercana a King George– para poder fotografiar los enormes acantilados de hielo, cuando alcanzaban el mar. Un paseo por la bahía, en la gran oruga-anfibio, la mayor de todas las que tenían, para demostrarme que efectivamente se podía navegar con ella. Un viaje en zodiak a Ardley, una isla que estaba llena de colonias de pingüinos: el barbijo, el papúa y el adelia. Un paseo a otra isleta llena de esqueletos de ballenas, petreles, palomas antárticas y scúas. Un enorme cartel de madera en el que pude rotular: “Salamanca 12512 km”, y me colocaron

en su indicador que tienen frente a la base, un indicador lleno de carteles con nombres de ciudades rusas y su distancia. La propuesta de solicitar en la próxima reunión anual del SCAR (Scientific Committee of Antarctic Research), el nombre de “Salamanca Canyon”, para el angosto cañón en el que estuvimos trabajando, día tras a día a la intemperie, y el de “Estella Valley” para el valle donde se encuentra el refugio de Priroda (en honor de la ciudad donde yo vivo: Salamanca, y del lugar de nacimiento de Adolfo: Estella), fue la sugerencia con la que Maxim nos obsequió.

DEL TODO A LA NADA

De esta manera, lograron brindarme unos últimos días hermosos en Bellingshausen... Pero el final ineludiblemente se presentó y me sentí desgarrada de aquel mundo. El viaje en avión parecía un túnel en el tiempo, del pasado al futuro o del futuro al pasado, no estoy segura.

Me sentía un personaje de un sueño fantástico e irreal al que una fuerza enorme, como si fuera un torbellino, en un abrir y cerrar de ojos me arrancara violentamente de allí. Y así, me daba la impresión de estar despertándome, intentando comprender si esta vez había sido un sueño o había sido todo real.

Aquella tarde en Punta Arenas, andaba zombi, atontada, aturdida,... entre los coches, las casas, la gente, el calor –casi tenían 9°C–, el ruido, la civilización, la contaminación: era el Infierno.

¡Qué contraste tan grande! Andaba despacio, el calor impedía otro ritmo, y me resultaba extraño pisar sobre el asfalto.

¡Qué rápido se ha acabado todo! Como una estrella fugaz que pasa iluminando el cielo en breves segundos..., como la hermosa aureola boreal que el pasado